

## ENCONTRAR ESPERANZA ENTRE LAS RUINAS: RECONSTRUIR LA IGLESIA EN IRLANDA A TRAVÉS DE LA SINCERIDAD

*Ronan Doheny*

*31 de marzo de 2024 a las 9:00 am*



En una fría mañana de primavera en la costa oeste de Irlanda, repleta de lluvias intermitentes de aguanieve, viajé a la pequeña ciudad de Claregalway, en las afueras de la ciudad de Galway. En las afueras de la ciudad se encuentran las impresionantes ruinas de una abadía franciscana, cuyos orígenes se remontan al año 1250 d.C.

La historia detrás de su construcción y destrucción es típica de la complicada historia de Irlanda e Inglaterra. Aproximadamente una generación después de la invasión anglo-normanda, un caballero anglo-normando, John de Cogan, fundó la abadía y más tarde fundó una cartuja en otro lugar. De Cogan participó en los ejércitos liderados por Maurice Fitzmaurice y Richard de Burgh enviados para conquistar Connacht y derrotar a los últimos señores gaélicos que quedaban.

La abadía quedó prácticamente abandonada en ruinas después de la disolución de los monasterios por Enrique VIII a finales del siglo XVI. El brutal gobernador de Connacht, Sir Richard Bingham, incongruentemente un veterano de la batalla de Lepanto que fue tan esencial para la salvación de la cristiandad, utilizó el convento como cuartel para las tropas durante la conquista Tudor de Irlanda. Con la imposición de las Leyes Penales, una serie de discapacidades legales impuestas a la mayoría católica romana de Irlanda, el convento cojeó y se utilizó de una forma u otra, hasta finales del siglo XVIII.

A medida que me acerco, la escala de las ruinas que descansan tranquilamente junto a una transitada carretera regional es impresionante. En particular, llaman la atención el campanario bien conservado y la ventana calcada. Después de que la Abadía fue abandonada, se convirtió en un lugar de entierro para la población local en el siglo XIX con un cementerio ubicado alrededor e incluso dentro de las ruinas de la antigua iglesia y el claustro. Es difícil visitar las ruinas sin pisar tumbas.



Algunas lápidas datan de la década de 1820, mientras que las más recientes datan de 1996. Mientras camino entre las ruinas, observo que los sepultureros están preparando un nuevo terreno. (En el autobús de regreso a Galway, pasaba por un funeral que se llevaba a cabo en la Iglesia católica moderna). El sonido de los sepultureros trabajando o, ocasionalmente, el canto de los pájaros que encuentran refugio en el campanario y las grietas en las paredes del coro acompañan mis exploraciones.

*Foto del autor.*

Siempre que visito este tipo de ruinas, si puedo, me gusta tocar intencionalmente las paredes o pilares que muy probablemente fueron tocados por frailes y monjes durante el paso de siglos anteriores. Es imposible caminar entre este tipo de ruinas y no pensar en la transmisión de la fe a través de las generaciones y en el futuro.

Recientemente, hubo un programa de televisión en la emisora pública irlandesa RTÉ titulado vagamente "Los últimos sacerdotes de Irlanda". Al caminar entre las ruinas y pensar en la cantidad de sacerdotes que hay en el país, pienso en

la frase del *Eclesiastés*: "Nada es nuevo bajo el sol".

En el apogeo de las Leyes Penales, quedaban muy pocos sacerdotes en el país y, sin embargo, el catolicismo sobrevivió gracias a que las comunidades locales transmitieron la fe y protegieron a sus sacerdotes, incluso hasta el punto de correr el riesgo de morir.

Aunque los medios de comunicación y el establishment actuales son hostiles al catolicismo en Irlanda, al menos éste aún no ha alcanzado los niveles de cazadores de sacerdotes pagados que deambulan por la isla, como en siglos anteriores. Nosotros en Occidente, si bien reconocemos las injustas infracciones que nuestros gobiernos imponen a las personas de fe, siempre debemos tener perspectiva y mirar hacia dónde los cristianos están siendo verdaderamente martirizados en el mundo.

La gente tiene diferentes ideas sobre lo que salvará a la Iglesia. Algunos abogan por cambios litúrgicos. Otros abogan por una mayor utilización del término, a menudo mal utilizado, cuidado pastoral. Estos puntos de vista a menudo descienden a mirar a la Iglesia a través de una lente política y desafortunadamente crean con demasiada facilidad una línea divisoria. Lo que creo que atraerá nuevamente a los jóvenes a la Iglesia en Irlanda es la sinceridad.

La credibilidad que le queda a la Iglesia en Irlanda se basa en su trabajo por la paz en el Norte y en las numerosas organizaciones caritativas creadas y todavía operativas por organizaciones religiosas. La Irlanda liberal todavía necesita el trabajo de organizaciones religiosas no remuneradas como el Centro de Día de los Capuchinos para Personas sin Hogar que, junto con su hermano Kevin, es universalmente elogiado. Pero esto no es suficiente: para ser creíble ante los jóvenes, la Iglesia debe tener sinceridad.

Irlanda experimentará cambios dramáticos en los próximos años con una caída en picado del número de sacerdotes activos. Sin embargo, al mismo tiempo, es muy probable que los sacerdotes que queden sean suficientes para atender al número de creyentes practicantes. Lo que tendrá que cambiar es el uso casual y transaccional de la Iglesia Católica por parte de apóstatas, agnósticos y ateos para la recepción de los sacramentos, bodas y funerales.

La actitud durante décadas en Irlanda hacia los sacramentos ha sido, parafraseando al padre Ted, “recoge diez paquetes de patatas fritas y hazte católico”. Una de las primeras cosas que la Iglesia en Irlanda debe hacer para restaurar la credibilidad es sacar de las escuelas la enseñanza de los sacramentos. En la Iglesia primitiva, el bautismo y la confirmación eran indicadores de que uno estaba listo para morir por Cristo, y su profesión de creyente lo diferenciaba del resto de la sociedad. Los Sacramentos deben ser tratados con mayor respeto. Si bien ya se han dado algunos pasos en este sentido, y en algunos casos se están enseñando bien, en muchas escuelas son maestros jóvenes, ateos o agnósticos los que “enseñan” la fe católica a los niños.

A esto se suma la desinversión de la mayoría de las escuelas católicas al Estado. Tarde o temprano, cuando el Sinn Féin tome el poder en Irlanda, es probable que haya un nuevo intento de volver a trazar la frontera invisible entre Iglesia y Estado. Han pasado ya diez años desde que el ministro ateo de Educación, Ruairí Quinn, fracasó en su intento de despojar a las escuelas del patrocinio católico, una medida que en realidad fue apoyada por la Jerarquía de la Iglesia, después de las objeciones de los padres.

Pero ahora, después de nuevos escándalos y de que la sociedad haya girado en una dirección más liberal, es probable que esta vez se desinvieran más escuelas. Y eso puede que sea lo mejor. Una proporción significativa de estas escuelas ya son católicas sólo de nombre. La jerarquía eclesiástica debe abordar esto con más entusiasmo que hace diez años. La desinversión en las escuelas católicas (permitir que aquellas que realmente son verdaderamente católicas sigan siendo católicas y tengan buenos recursos y contraten profesores que sean católicos practicantes) y cómo se gestiona la enseñanza de los sacramentos no salvarán por sí solas a la Iglesia en Irlanda. Pero son dos de los puntos de partida más obvios de una lista larga, si no interminable, de lo que podría salvar a la Iglesia.

La sinceridad se extiende a la enseñanza de la Iglesia. Cuando hice campaña para mantener la Octava Enmienda relacionada con el aborto, recuerdo que me sentí abandonado por la Iglesia con la única excepción del obispo Kevin Doran, quien habló como presidente del Comité de Ética y Vida de los Obispos. Aunque la Iglesia puede haber tomado una decisión táctica para no ser vista como involucrada en el tema, con la esperanza de lograr un mejor resultado si los obispos se mantuvieran al margen, ¿no habría sido mejor – ciertamente dada la forma en que se desarrolló el resultado – salir balanceándose?

Esto también se extiende al término, a menudo abusado, de ser “pastoral”. Cuando el Papa Francisco abrazó al hombre gravemente desfigurado en 2013, conmovió al mundo y es el ejemplo más poderoso de la pasión del Papa por la autenticidad pastoral. Esta autenticidad pastoral también debe extenderse a decirle a la gente, con gentileza pastoral pero proveniente de la preocupación cristiana por su hermano o hermana en Cristo, lo que no quieren escuchar: que su pecado los está separando del Señor.

Luego está la sinceridad en la liturgia. La reverencia es central en la liturgia y se necesita desesperadamente cultivar un espacio para el silencio, especialmente para los jóvenes cuyas vidas están llenas de ruido constante. Estoy dispuesto a disculpar casi cualquier cosa si puedo detectar sinceridad; por ejemplo, que cuando el sacerdote está elevando la Eucaristía cree *que es* la Presencia Real.

Al mismo tiempo, todavía no se ha hecho lo suficiente en favor de las víctimas de abuso clerical en Irlanda. Si bien se han logrado grandes avances y ninguna cantidad de dinero gastada podrá jamás reparar las vidas destrozadas de las personas, un día mundial anual de oración no es suficiente.

Todo lo mencionado hasta ahora se ha centrado en el clero, pero esta sinceridad debe extenderse a los laicos en igual medida. Se necesitarán comunidades reales y activas para transmitir la fe y para que ésta prospere. Los jóvenes ahora y en los años venideros deben ser voluntarios en las parroquias si queremos que esas parroquias sigan existiendo. Las redes sociales no te llevarán al cielo. Nuestra fe debe significar algo más que simplemente presentarse el domingo y no puede depender del próximo Cónclave o del nombramiento de un Obispo.

Aunque no quería – y mis peores temores se hicieron realidad – cuando el Santo Padre pidió que los católicos participaran en el Sínodo, participé dos veces en las reuniones en Irlanda. Se ofreció un caleidoscopio de opiniones. La total falta de instrucción catequética para los laicos quedó en evidencia. Sin embargo, todos los jóvenes presentes en las reuniones querían que se enseñaran con claridad las enseñanzas tradicionales de la Iglesia Católica. Algunos querían un mayor énfasis en la reverencia en la liturgia o en la evangelización.

Al mismo tiempo, asistí a reuniones en las que una generación diferente abogaba por cambios en las enseñanzas de la Iglesia sobre la sexualidad y el sacerdocio como exigían las panaceas buscadas. En las reuniones, los jóvenes generalmente eran superados en número y muchos de mis amigos se negaron a participar debido a sus temores sobre el Sínodo o estaban demasiado ocupados, a menudo tan ocupados tratando de mantener a flote la Iglesia que se molestaban en hablar de ello. Independientemente de que las generaciones mayores estén ocupadas o no, la responsabilidad de participar y ser voluntarios en sus parroquias recaerá en los jóvenes. Al ser parte de comunidades vivas y activas, la Iglesia crecerá y los jóvenes, las familias y los sacerdotes involucrados serán apoyados. Es demasiado fácil quejarse: se necesita esfuerzo para formar y vivir en comunidades.

La Iglesia en Irlanda y su jerarquía se verán obligadas a tomar muy pronto decisiones importantes relativas a las escuelas, la instrucción de los sacramentos, la crisis de vocaciones, la fusión de parroquias y el cierre de iglesias. Sólo cabe esperar que sean lo suficientemente valientes como para ser impopulares y tomar las medidas decisivas que prepararán a la Iglesia aquí para asumir la misión de recristianizar Irlanda en las próximas décadas. No envidio a los obispos, y la gente debería ser caritativa con ellos cuando se enfrentan a preguntas que no tienen respuestas fáciles. Sin embargo, algunas decisiones se han pospuesto durante décadas; Esconder la cabeza en la arena y esperar lo inevitable ya no es una opción. La sinceridad es el único punto de partida desde donde puede partir la iglesia.



*Vista del Convento Franciscano de Claregalway desde la carretera regional que lo pasa. (Foto del autor).*

Pienso en la sociedad y la cultura que ha abandonado a Cristo y la religión. Nos ocupamos de lo inmediato y no de lo importante. Recientemente me encontré con una frase de “La Segunda Venida” de WB Yeats, en la que decía: “El halcón no puede oír al halconero”. Demasiadas personas en la sociedad irlandesa ya no pueden oír a Dios.

Sin embargo, mientras caminaba alrededor de esas ruinas, encontré esperanza: que todo esto ya había sucedido antes. Todos saldremos de esto: es nuestra cruz vivir tiempos confusos. Al pasar por encima de las tumbas de todos los siglos, recuerdo nuevamente cómo, incluso después de que los franciscanos se fueron, la fe se transmitió de generación en generación, en momentos de riesgo de muerte, a través de pequeñas comunidades.

Sólo a través de pequeñas comunidades que vivan la fe y luchan juntas, la Iglesia en Irlanda sobrevivirá. Después de que todos los feos y desalmados edificios modernos en los que gastamos miles de millones se hayan deteriorado, y las modernas herejías recicladas hayan desaparecido en el éter, los edificios de nuestros antepasados en la fe seguirán siendo sólidos y verdaderos.

El convento franciscano de Claregalway seguirá en pie durante los siglos venideros.

*Foto de : The Franciscan Friary in Claregalway. (Foto del autor).*